

NEW LEFT REVIEW 101

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2016

ARTÍCULOS

KEVAN HARRIS	Remodelar Oriente Próximo	7
ERIC HOBSBAWN	Pierre Bourdieu	41
WANDA VRASTI	Trabajar en Prenzlau	53
LITERARY LAB	Cartografiar las emociones londinenses	69
ALEXANDRA REZA	La nueva escoba de Burkina Faso	99
WILLIAM DAVIES	Neoliberalismo 3.0	129

CRÍTICA

DANIEL FINN	Guía para el desafío	145
DYLAN RILEY	La política como teatro	158

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CRÍTICA

David Runciman, *The Confidence Trap: A History of Democracy in Crisis from World War I to The Present*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2015, 416 pp.

DYLAN RILEY

¿LA POLÍTICA COMO TEATRO?

El triunfo de la democracia liberal con posterioridad a la Guerra Fría se ha visto agriado por los estragos de la Gran Recesión. La conveniencia de permitir que las masas opinen sobre los asuntos nacionales se cuestiona abiertamente por parte de los fabricantes de opinión liberales, a medida que los electores se complacen en la iconoclastia de candidatos ajenos al sistema o emiten votos de protesta contra el *statu quo*. Mientras tanto, organismos sin obligación de rendir cuentas –fuerzas de seguridad y de inteligencia, bancos centrales y agencias de evaluación, medios de comunicación y oligarquías infotecnológicas– amplían sin descanso sus poderes. Minadas por los problemas económicos, las potencias occidentales, en nombre de la democracia misma, se han volcado también en una intervención militar que parece permanente en Oriente Próximo, mientras pelean para gestionar a los refugiados que huyen de una zona de guerra en expansión. Tampoco saca buenas notas la democracia liberal a la hora de manejar los problemas medioambientales que, desde su victoria, no han hecho más que empeorar. China, la segunda economía más grande del mundo, desdeña completamente las instituciones democráticas liberales. A la postre, y desde una perspectiva más amplia, ¿cómo podemos evaluar estos hechos complicados?

David Runciman parece estar bien posicionado para responder a esta pregunta y se dispone a hacerlo en uno de sus libros recientes, *The Confidence Trap*. En la actualidad Runciman dirige el Departamento de Estudios Políticos e Internacionales en Cambridge y es un comentarista

político habitual en la *London Review of Books*. Hijo del sociólogo inglés W. G. Runciman, es un producto genuino de la clase dirigente local: después de estudiar en Eton, donde coincidió con David Cameron, ingresó en el Trinity College de Cambridge, donde escribiría su tesis doctoral bajo la dirección de Michael Bentley sobre la soberanía y el pluralismo. Publicada en 1997 bajo el título *Pluralism and the Personality of the State*, sus temas aparecen con recurrencia en la obra de Runciman. Este trabajo se remonta a las nociones anti soberanistas de los socialistas ingleses de la década de 1920 –G.D.H. Cole y, especialmente menospreciado por Runciman, Harold Laski– a través de una selección algo arbitraria de pensadores: J. N. Figgis, Ernest Barker, Frederick Maitland, Otto von Guericke y Thomas Hobbes, este último, parece ser, sugerido por Quentin Skinner. *Contra* Skinner, Runciman parece argumentar que los grupos, a diferencia de las personas naturales, equivalen a sus representaciones. Amplía la analogía fugaz que hace Hobbes con la acción de representar a un personaje en el teatro –gesto que está en los orígenes del término *personaje*, como si fuera un actor o una máscara– en el transcurso de la discusión contenida en el *Leviatán* sobre la representación autorizada, para poder leer así el contrato entre el soberano y los súbditos como el vínculo entre un actor y la gente. Si la multitud de Hobbes se constituía a sí misma como república (*commonwealth*) mediante la autorización del poder de un soberano, para Runciman la relación de este con aquella es «no autorizada», ya que la república no puede existir con anterioridad a su representación. Esta lectura parecería anular toda la intención del *Leviatán*, que es justificar la autoridad política sobre la base de una transferencia de derecho. De una forma más pertinente para su obra posterior, la concepción estetizante de Runciman de la representación política en tanto que interpretación teatral sirve especialmente para cortocircuitar cualquier discusión sobre la relación entre política y sociedad; de hecho, el desacuerdo principal de Runciman con Cole y Laski parece ser que estos tienen un determinado concepto de una sociedad estructurada, que radica más allá del Estado. Desvinculadas de los intereses sociales materiales, las nociones de representación e interpretación que maneja Runciman podrían igualmente aplicarse a los héroes deportivos tanto como a los políticos, como el mismo cumplidamente mostró en una serie de elegantes viñetas de Babe Ruth, Lance Armstrong, Alex Ferguson y José Mourinho publicadas en la *LRB*.

Casi una década más tarde, tras *Pluralism* vino *The Politics of Good Intentions* (2006), una colección de los escritos de Runciman publicados en la *LRB* sobre el comportamiento político de Blair, Bush y otros dirigentes en torno a la época de la invasión de Iraq. En la introducción, Runciman describe el propósito de la obra como un intento de determinar qué novedades había en la política después del 11 de septiembre, contemplándolo desde un marco más amplio. El objeto primordial del análisis, no obstante, radica en

el lenguaje y en el estilo de los políticos, más que en los fines estratégicos o en las acciones decisivas. Los ensayos tienen algunas cosas mordaces que decir sobre Blair (Runciman saborea la descripción que de él hizo Cheney como «un predicador dentro de un tanque»). Pero están teñidos de una ambivalencia semiadmirativa. La fluida transición de Blair desde su «hablar clintoniano» hasta alinearse estrechamente con Bush se efectuó mediante un nuevo y doble «lenguaje del riesgo» que permitía al primer ministro de Gran Bretaña nadar y guardar la ropa, salirse siempre con la suya según lo requería la ocasión. De esta manera, era importante conocer los riesgos que planteaba el terrorismo global, pero los riesgos del terrorismo global no eran susceptibles de ser conocidos por completo; este no era el momento de ignorar el peso en la balanza de los riesgos, pero tampoco era el momento de sopesar los riesgos indefinidamente en la balanza y así una y otra vez. En cualquier caso, Blair entendió que no supondría «ninguna ganancia para las políticas progresistas trabajar en contra de los intereses de Estados Unidos, fuera quien fuera su presidente en ese momento». Este pragmatismo permitió a Blair satisfacer las dos convenciones de la política representativa moderna, que exige tanto la autoridad personal, carismática, como el gobierno impersonal, institucional: la convicción moral y la responsabilidad de Weber. La «genialidad» del estilo político de Blair fue que su carácter autoconsciente, confesional, se adelantaba a la acusación de hipocresía: «¿Cómo puedo ser un hipócrita cuando yo sé lo hipócrita que parezco?». No es que Runciman exactamente apoye esta postura: Blair es parte del problema, no la solución. Cuestiones estilísticas aparte, sin embargo, sobre la política sustantiva de la invasión no tiene demasiado que reprocharle. Para Runciman, como para Blair y Bush: «Casi con toda seguridad podemos afirmar que dejar en pie el régimen de Sadam habría causado un daño mayor que extirparlo por la fuerza»; «Acabará por demostrarse que la guerra de Iraq estaba justificada».

En sus textos publicados en la *LRB* en 2003, Runciman había reaccionado con disgusto ante la retórica doble, de bomba y Biblia, que empleaba Blair. Volviendo sobre los mismos temas en *Political Hypocrisy* (2008) adopta ahora un enfoque más indulgente. De nuevo, se rastrea el concepto a través de un grupo aparentemente azaroso de pensadores –Orwell, Bentham, Hobbes, Mandeville, Trollope, Jefferson y Franklin, entre otros– sin preocuparse mucho por la amplia variedad de contextos en los que estos escribían. La ausencia de pensadores tan potentes como Maquiavelo, Rousseau, Nietzsche o Schmitt se justifica, porque estos contemplaban la hipocresía de la política liberal desde el exterior, mientras que el «racionalismo liberal» de Runciman trata de captarla desde dentro. Y, de nuevo, el interés se coloca en el estilo político, no en la substancia. La hipocresía se define como la construcción de un *personaje*, que genera una impresión

falsa, como en el teatro –hipócritas son los actores, que se ponen máscaras–, y es, para Runciman, un aspecto clave de la representación política y central para el funcionamiento de la democracia liberal como tal. Por el contrario, «una de las marcas distintivas del fascismo» es que no necesita ser hipócrita, aunque sea difícil imaginar qué hay más hipócrita que la pretensión fascista de representar a un pueblo orgánico unido mientras espolea una guerra de clases sin remisión contra los obreros industriales; por no mencionar la corrupción endémica en las capas más altas de esos regímenes, documentada de manera memorable por Curzio Malaparte.

La lección de Runciman es, pues, que la hipocresía en sí misma no es el problema. El verdadero problema procede de los antihipócritas, como atestigua el orador antifascista que Orwell describe en *Subir a por aire*: al pretender desenmascarar la hipocresía de la democracia contemporánea son, en realidad, culpables de «hipocresía sobre la hipocresía misma». No reconocen que todo gobierno representativo se basa en una «máscara de poder», que crea una división entre el ser público y el privado de un político. Hay dos maneras de responder a esto. Los «prestidigitadores» políticos, como Disraeli, Blair o Bill Clinton, parecen sinceros, pero desdeñan la verdad. Los «hipócritas estirados», como Gladstone, Brown o Hillary Clinton, prefieren los hechos, pero parecen insinceros ante la gente. El personaje público de Hillary es obviamente un constructo artificial, argumenta Runciman, una mezcla de ambición y de condescendencia por el electorado, diseñado para esconder sus debilidades políticas, como la falta de calidez. Pero, aunque como candidata está destinada a llevar una máscara, ella es sincera en lo que atañe a su intención de trabajar dentro del sistema actual y a su deseo de poder. Esto la convierte en alguien menos capaz de autoengañarse que Bill, que podría estar tentado de creerse su propia propaganda. Pero, más que tomar partido por los hipócritas frente a los prestidigitadores, o viceversa, Runciman sugiere que «nosotros» (la primera persona del plural es ubicua) deberíamos dar la bienvenida a los dos tipos, a los Bills y a las Hillarys. La elección debe ser un sistema que pueda acoger a ambos contra un sistema que no pudiera tolerar a alguno de los dos.

En varios aspectos, *The Confidence Trap* representa una ruptura con la obra anterior de Runciman. Hobbes es reemplazado por Tocqueville como espíritu que preside este trabajo y «democracia» sustituye a «representación» como término clave del mismo. La escritura se ha deteriorado. A diferencia de la prosa propia de Cambridge de *Pluralism*, *The Confidence Trap* avanza mediante una serie de paradojas aforísticas, en las que cada afirmación va y viene, como un balancín, sin llegar a ninguna parte: «Las democracias triunfan, porque fracasan y fracasan, porque triunfan», por ejemplo, o «Nietzsche pensaba que la democracia era demasiado buena para ser cierta. Tocqueville pensaba que era demasiado cierta para ser buena».

Estos desarrollos están interconectados. Runciman toma prestado el argumento central de *The Confidence Trap* de una ponencia sobre Tocqueville de Stephen Holmes, «Saved by Danger, Destroyed by Success». Junto con él ha importado ese lenguaje de nadar y guardar la ropa por el que antaño se burlaba de Blair. El texto de Holmes presentaba una serie de perogrulladas de los *Recuerdos de la revolución de 1848* de Tocqueville. Allí se afirmaba que el éxito (por ejemplo, el largo reinado de Louis Philippe) es proclive a engendrar complacencia, pues uno ignora los signos de alarma de una explosión próxima. De igual manera, el éxito puede minar las alianzas políticas, que tienen una tendencia a disolverse una vez se ha alcanzado el objetivo o se ha derrotado al enemigo común. El peligro, por otro lado, puede arreglar las cosas galvanizando una respuesta concertada y poderosa, como sucedió con la amenaza que planteó la insurrección de los obreros de junio de 1848 que unió a la clase propietaria.

En *The Confidence Trap*, Runciman toma prestado ese mantra de Holmes, «destruido por el éxito, salvado por el peligro», tan fácil de memorizar, y lo aplica una y otra vez. «El prolongado éxito de la democracia crea las condiciones para sus reiterados fracasos, de la misma forma que sus reiterados fracasos son una condición previa de su prolongado éxito». «Las democracias triunfan porque fracasan y fracasan porque triunfan». Las democracias siempre «salen del paso» en sus secuencias de crisis, pero, justamente porque lo hacen, corren el riesgo de volverse complacientes en lo que respecta a la siguiente. El Tocqueville que presenta Runciman argumenta que las cosas que las democracias hacen bien (comercio, comodidades) pueden ser malas para la democracia, porque engendran complacencia; las cosas que se le dan mal a las democracias (gestión de crisis, guerras) pueden resultar ser buenas para la democracia, porque nos sacuden esa complacencia. Dos rasgos más diferencian *The Confidence Trap* de los libros anteriores de Runciman. En primer lugar, el contexto en el que está escrito: «crisis» no era una categoría operativa en *Political Hypocrisy*, pero ahora Runciman ve crisis por todas partes. En segundo, en vez de pensadores selectos, *The Confidence Trap* examina acontecimientos históricos. Runciman se decide por *Posguerra: Una historia de Europa desde 1945*, de Tony Judt, como su modelo para una historia general del siglo XX, tanto en lo que se refiere al estilo como al contenido (hay que destacar que Hobsbawm no aparece aquí por ninguna parte). Con la ayuda de Judt, Runciman distingue siete diferentes «crisis de la democracia» entre 1918 y 2008 en las que poner a prueba las hipótesis de Tocqueville. La selección es, en cierto modo, singular.

La primera crisis es «1918», esto es, no 1914, cuando todos los parlamentos de Europa aprobaron enviar a sus jóvenes varones a la matanza; ni 1917, cuando la democracia capitalista adquirió a su enemigo mortal. La «crisis de 1918» resulta ser, en realidad, nada más que el fracaso de Wilson a la hora de

ganar apoyo interno para sus Catorce Puntos y para La Liga de las Naciones: el presidente de Estados Unidos quería acelerar la historia y traer al presente el futuro democrático, «esa fue su perdición». Increíblemente, Runciman describe la Primera Guerra Mundial como «el mayor triunfo de la democracia en la historia», sin ni siquiera una mención *pro forma* de los diecisiete millones de muertos. Su afirmación se basa en la noción de que las potencias de la Entente eran democráticas, una vez que la Revolución de Febrero se libró del fardo del zarismo, mientras que las potencias centrales eran autocráticas. *The Confidence Trap* no se detiene a investigar las realidades políticas o sociales de los beligerantes: «democracia» se define de manera volátil, en términos schumpeterianos, como algo que implica «elecciones regulares y una prensa relativamente libre», autocracia sería la ausencia de esto. Sin embargo, a finales de la guerra, el sufragio estaba más extendido en Alemania que en Italia o en Reino Unido. Tampoco la discriminación legal racial de los estados sureños de Estados Unidos o la brutal supresión de la disidencia en la Irlanda colonial, una parte integral del Estado británico, como Argelia lo era del francés, tienen contrapartida dentro del Kaiserreich. La Guerra fue una batalla entre imperios rivales, no entre la «autocracia» y la «democracia». La victoria aliada en 1918 –que Runciman atribuye a las virtudes morales y psicológicas de «las democracias», más capaces que sus oponentes a la hora de aguantar las «derrotas y decepciones» de la guerra de trincheras– fue una función inevitable de la superioridad material del bloque, que combinaba la mayor economía industrial del mundo con el imperio de ultramar más extenso. Este factor decisivo no merece ninguna mención en *The Confidence Trap*.

La segunda crisis de la democracia es «1933». Runciman, no obstante, no está pensando en la ascensión de Hitler al poder, sino que el no-acontecimiento de ese año es la Conferencia Económica Mundial en Londres. Se supone que iba a estabilizar los tipos de cambio, después de que la Gran Depresión se hubiera prolongado ya cuatro años, pero fracasó a la hora de hacerlo, porque Roosevelt, otro de los héroes de *The Confidence Trap*, había sacado al dólar del patrón oro. Parecía que «las democracias» trastabillaban, perdían la batalla ideológica, mientras que la Unión Soviética seguía adelante con su Plan Quinquenal y Mussolini era ampliamente admirado. La ascensión de Hitler mostró que las democracias no siempre salían del paso. Pero FDR se convirtió exactamente en el «líder inspirado internacional» que la democracia necesitaba en una crisis, con confianza en el futuro y nervios de acero. El resultado fue el *New Deal* y la posterior recuperación, así que, para «las democracias», todo salió bien.

Aceleramos para llegar a «1947», la crisis número tres. La derrota de Hitler en la Segunda Guerra Mundial no fue, por desgracia, un triunfo para la democracia, puesto que no se puede ignorar el papel que jugó en ella

la Unión Soviética. Para Runciman, la doctrina Truman, la declaración de la Guerra Fría, abre una fase más afortunada. Truman resultó ser el líder decisivo que la democracia necesitaba, asegurándose de que las fuerzas británicas y estadounidenses impulsaran y financiaran la guerra civil griega, eliminando a los partisanos victoriosos en nombre de la libertad: «Estados Unidos no puede permitirse ser remilgado». El capítulo es una oda a la sagacidad occidental, encarnada en el celeberrimo largo telegrama de Kennan, pero secundada por las valientes reflexiones de Hayek. El dilema alrededor del que gira lo plantea Walter Lippmann: ¿podría la Guerra Fría y la aniquilación de la influencia comunista en el hemisferio occidental plantear una amenaza a la propia democracia, empoderando a «los planificadores» que apoyan dictaduras pro occidentales contra las fuerzas del mercado? Para Hayek, igualmente, el mayor peligro para la democracia radica en la planificación. Pero señalaba cómo se podía «salir del paso»; las democracias podían «aprender a ejercitar el autocontrol» atándose, como Ulises, al mástil del patrón oro o a una constitución del estilo de la de Estados Unidos y así evitar las sirenas del socialismo. Los ordoliberales alemanes transmitieron estas opiniones a las políticas públicas, creando así una democracia «protegida de sus debilidades a corto plazo en un intento de apuntalar sus fortalezas a largo plazo», un arreglo planificado desde las altas esferas, que «funcionó».

La crisis cubana de los misiles proporciona la «prueba» siguiente, aunque Runciman la agrupa con otros dos acontecimientos de 1962 totalmente diferentes, la guerra entre China e India y la salida del poder del canciller alemán Konrad Adenauer. Se ignoran las investigaciones recientes sobre la crisis de los misiles, en una vuelta a los estereotipos más groseros de la Guerra Fría. Kennedy —«su temperamento se adecuaba a la crisis, tanto en su prevención como en su resolución»— es retratado como si estuviera respondiendo a la «agresión soviética», como si no hubiera planificado él mismo la invasión de Cuba, poniendo a prueba su necesidad de defenderse, o como si no hubiera instalado misiles nucleares estadounidenses en la frontera turca con la Unión Soviética. Los procesos democráticos no tienen nada que ver con las negociaciones, bajo mando ejecutivo tanto en la Casa Blanca como en el Kremlin, aunque a Kennedy le decepcionó la falta de empuje del Partido Demócrata en las siguientes elecciones de mitad de mandato.

La guerra que enfrentó a China e India se trata en el mismo estilo *Readers' Digest*. India fue «sorprendida por la agresión china», según el relato de Runciman, pero Nehru reaccionó admirablemente, renunció a la política de neutralidad de su país y pidió ayuda militar a Estados Unidos e Israel. Para demostrar la enorme superioridad de la democracia india sobre la autocracia china, Runciman arroja ahora sobre la mesa la cifra de «cuarenta millones de muertos» durante el Gran Salto Adelante. Sin duda no ha consultado nunca la historiografía del conflicto de las fronteras del Himalaya, que ha

demostrado que la India no solamente insistía en exigir unos territorios en el oeste de los que el Raj nunca había tomado posesión (Aksai Chin) y otros en el este de los que se había apoderado mediante violaciones de los tratados (Tawang), sino que además, a partir de finales de la década de 1950, había adoptado una agresiva política militar para imponerse en ellos mientras Zhou Enlai buscaba un arreglo diplomático. La «agresión» china fue una respuesta a la beligerancia india y no viceversa. Como consecuencia, el Ejército Popular de Liberación derrotó al ejército indio rápidamente y después se retiró. Más que un nuevo impulso para la democracia, el asunto, visto en su conjunto, fue una debacle de tal calibre para la India que quebró a Nehru, mortalmente. En cuanto al Gran Salto Adelante, metido con calzador en la argumentación para darle un final optimista, aunque sin relación ninguna con cualquier crisis de, por o en la democracia, Runciman, como suele hacer, ha tomado sus cifras de la obra más chapucera de todas (tácitamente, la de Frank Dikotter), ignorando las minuciosas investigaciones de, por ejemplo, Felix Vemheuer o Anthony Garnaut, que dejan claro hasta qué punto esa obra es poco fiable. Las muertes por desnutrición en China nunca se confrontan con la mortalidad infantil y la desnutrición en India donde, según Amartya Sen, citado más adelante en otro contexto, «mueren millones cada año», una cifra que Runciman deja discretamente imprecisa.

Tras esta dosis doble de grandilocuencia sobre la Guerra Fría, 1962 termina, pasando de lo sublime a lo trivial, con el ataque arrogante por parte del ministro de Defensa Franz-Joseph Strauss al periódico *Der Spiegel*, un escándalo que permitió que los rivales de Adenauer, ya con 86 años, lo expulsaran del gobierno al año siguiente. Otro final feliz, pues «una crisis era precisamente lo que necesitaba la democracia de Alemania Occidental». Reforzó el debate público, animó la crítica e hizo que la República Federal Alemana «se pareciera mucho más a una democracia moderna». *The Confidence Trap* llega entonces a «1974», que supuestamente trajo una «crisis de confianza» para la democracia. Esto parece implicar una media docena de acontecimientos aparentemente tomados al azar a partir de los primeros años de la década de 1970 –Nixon deshaciéndose de Breton Woods (1971), su viaje a China (1972), el destino de Allende (1973), los acuerdos de París sobre Vietnam (1973), el Watergate (de 1973 en adelante), la escalada de precios del petróleo (1973), el Informe de la Comisión Trilateral (1975), el estado de emergencia en India (1975) y la muerte de Franco (1975)– así como las dos elecciones británicas, la caída de Brandt y la Revolución portuguesa, que sí ocurrieron en el año escogido. Sin embargo, el capítulo se salta la discusión sobre 1968, un genuino momento de crisis.

Al igual que el exterminio anglo-estadounidense de los partisanos griegos, el derrocamiento de Allende «no es para los remilgados», aunque plausiblemente podría celebrarse como una forma de encauzar de nuevo

a Chile por un camino donde «la democracia al menos era una posibilidad futura», a salvo del socialismo de Allende. Mientras tanto, el bombardeo de saturación de Nixon y Kissinger sobre Indochina se describe como un «proyecto de autorrescate de la democracia estadounidense», si bien, «en último término», corrupto. En cuanto a los problemas económicos, aunque las crisis de la inflación y de la balanza de pagos fueron provocadas por el lamentable cortoplacismo y las tendencias populistas de las democracias (¿acaso puede esperarse de político democrático alguno que señale los límites del crecimiento y hunda las esperanzas de una expansión ilimitada del nivel de vida?), afortunadamente, la flexibilidad democrática y la apatía de los electorados implicaba que las decisiones sobre la política monetaria pudieran externalizarse a organismos no democráticos, como los bancos centrales. Así, «las democracias efectivamente tropiezan con la solución» a su malestar económico mediante la entrega del control a expertos no electos, otro ejemplo de un inofensivo salir del paso.

Cuando llegamos a «1989» –un año «maravilloso, casi milagroso» para la democracia– Runciman percibe una crisis en el propio carácter repentino de su triunfo. «La democracia emergía victoriosa de las fatigas del siglo XX. Pero la experiencia no la había vuelto más sabia». A diferencia de Wilson, FRD, Truman y Kennedy, en esta encrucijada Bush padre no recibe ningún crédito por su papel como el timonel democrático, probablemente porque pertenecía al partido equivocado. En su lugar, los «héroes proféticos» de 1989 son, una vez más, Kennan y Hayek. Las prognosis de Fukuyama sobre un mundo poshistórico sin filosofía o arte se rechazan por «demasiado sombrías». «Las democracias» no se estancarán porque son constitutivamente inquietas. Y así, en consecuencia, llegamos a «2008», momento en el que el colapso de Wall Street es descrito, dentro de la camisa de fuerza conceptual de Runciman, como «un desastre que las democracias se infligieron a sí mismas», producto de una excesiva confianza provocada por el optimismo de las victorias de 1989. Las dos fuerzas que supuestamente debían limitarse de modo recíproco –los banqueros centrales y la «opinión pública»– no consiguieron hacerlo. A Runciman le parece que tanto la población en general como los expertos tienen «la culpa» en igual medida. Afortunadamente, el mayor temor de Hank Paulson, el que los candidatos presidenciales pudieran adular el «rechazo popular a los rescates» carecía de fundamento, al menos en el caso de Obama, que emerge como el «redentor» de la democracia, lo que prueba, una vez más, que «Estados Unidos seguía siendo Estados Unidos en su fe en la renovación democrática».

Un capítulo final resume el punto general del sinuoso análisis de Runciman, pero también deja claro lo poco que se ha desarrollado este. A la hora de tratar sobre las crisis del presente –menciona, de manera algo arbitraria, Siria, Ucrania, Libia, Gaza y la Unión Europea– se abren dos

posibilidades. Tal vez lo que parece un avance trabajoso y confuso resulta ser la preparación para un cambio real. O, tal vez, lo que parece ser un cambio real resulte no ser más que salir del paso y confusión: «es difícil saberlo». De hecho, es difícil hurtarse a la conclusión de que las lecturas de Runciman de la política contemporánea son meramente impresionistas; algo quizá inevitable cuando la «política» se limita a la actuación de los políticos. En 2003, su perspectiva se teñía de su desconfianza hacia Blair; en 2008, todo parece más luminoso. En 2013, cuando se edita por primera vez *The Confidence Trap*, Runciman juzgaba a la ligera que los peligros de la complacencia y el rasgo redentor de la adaptabilidad estaban equilibrados: los destinos de la democracia no estaban garantizados, pero la cosa pintaba bien. Ahora, en el Epílogo a la edición de bolsillo de 2015, que es la que reseñamos, ha vuelto a cambiar de opinión, en un giro apocalíptico nietzscheano: Fukuyama tenía razón en ser sombrío, después de todo. La crisis de 2008 no ha sido lo bastante grande como para sacar a la democracia de su surco, se necesita algo así como una Segunda Guerra Mundial.

¿Cómo evaluar, por lo tanto, *The Confidence Trap*? Los problemas comienzan con la caracterización de estas «crisis» de la democracia. La Primera Guerra Mundial no fue nada de eso. La idea de que hubo una lucha titánica entre democracias y dictaduras durante la década de 1930 es un mito ideológico *post factum*. La Guerra Fría fue fundamentalmente una batalla entre sistemas económicos. La crisis cubana de los misiles y la guerra entre China e India fueron detonadas por la beligerancia de Kennedy y de Nehru y no tienen nada que ver con la representación electoral. A principios de la década de 1970, las sacudidas del precio del petróleo, la derrota de Estados Unidos en Vietnam y los escándalos del gobierno de Nixon fueron problemas económicos, geopolíticos y políticos, que afectaron a la potencia estadounidense, pero que difícilmente llegaron a ser una crisis de la democracia, mientras que el derrocamiento de Allende implicaba su eliminación. La victoria de la OTAN en la Guerra Fría fue un triunfo de la democracia, aunque, si nos tomáramos en serio la descripción que hace Runciman de la URSS—superando a su modelo, Judt, en una bravata anticomunista, desdeña toda la experiencia soviética como simplemente «un truco de mago», un «gigantesco esquema de Ponzi»—no se trataría de una victoria demasiado impresionante. La crisis financiera de 2008 fue una crisis del capitalismo, no de la democracia, excepto en el sentido de que el TARP¹ se haya impuesto contra los deseos explícitos de la mayoría de la población estadounidense.

Si las «crisis» se seleccionan arbitrariamente y se redefinen para que encajen en el molde conceptual de Runciman, la «democracia» se hipostasia de manera ridícula como un agente continuo y consciente. Siempre está

¹ Troubled Asset Relief Program, que permite al gobierno comprar activos y acciones de entidades financieras en riesgo [N. de la T.].

haciendo esto o lo otro: «la democracia siempre trae algo nuevo», «la democracia vive al día», «la democracia se renueva sin transformarse», «nunca se despierta del todo y nunca crece del todo»; cuando no está ocupada saliendo del paso, «contiene la respiración y sobrevive». La sustancia real de la democracia –partidos e intereses antagonistas, el choque de ideas, las luchas por la estructura y la constitución, la capacidad ejecutiva de rendir cuentas sobre la corrupción– está por completo ausente de *The Confidence Trap*. En el mejor de los casos, una «opinión pública», fantasmal pero homogénea, se asoma de tanto en tanto, aunque los medios de comunicación no juegan ningún papel y las pugnas electorales, que ocasionalmente acechan, afectan solo a la toma de decisiones presidenciales. Aunque la democracia de su relato es esencialmente estadounidense –las grandes figuras que presiden sobre sus triunfos son Wilson, FDR, Truman, JFK, Obama, con continuos comentarios de Kennan, Lippmann y (el estadounidense honorífico) Hayek–, el sistema político estadounidense, ferozmente competitivo, es irreconocible en la descripción que hace Runciman de un orden procedimental poco atento, que sólo actúa en épocas de crisis. Lejos de carecer de dirección, el Estado estadounidense tiene un agudo sentido del interés nacional y puede desplegar recursos de un día a otro para defenderlo. Un retrato exacto del sistema estadounidense no puede tampoco obviar la cuestión del dinero, como bien sabía Tocqueville.

En cuanto al propio Tocqueville, Runciman parece haber olvidado que la inquietud que preside sus *Recuerdos* es la amenaza que la democracia de masas planteaba a los propietarios en 1848, el error de permitir que las fuerzas populares se organicen y la mejor manera de aplastarlas. *The Confidence Trap* simplemente selecciona unas cuantas citas ocurrentes de *La democracia en América*, sin hacer mayor esfuerzo para transmitir el pensamiento de su autor, no digamos ya para reflexionar con él. La trayectoria política práctica de Tocqueville se ignora: su apoyo a la matanza de los obreros parisinos por parte de Cavaignac en junio de 1848, su papel como ministro de Asuntos Exteriores de Barrot a la hora de aplastar la democrática República Romana de 1849, por no mencionar sus opiniones sobre la colonización de Argelia. En opinión de *The Confidence Trap*, su relevancia como filósofo político radica en la comprensión de que «la democracia no es tan mala como la pintan», puesto que a la larga las cosas suelen salir bien. El hecho de que lo que Tocqueville entendía como «democracia» estadounidense fuera principalmente la nivelación social y las costumbres igualitarias sencillamente se omite. Tampoco presenta Runciman el argumento central de Tocqueville contenido en dicha obra, el que la democracia, entendida como la igualación social, solamente será compatible con la «libertad» si se estructura mediante instituciones o asociaciones que sean el equivalente funcional de la aristocracia en la Francia del *ancien régime*. Es de destacar que la única

reflexión previa de Runciman sobre Tocqueville tiene lugar en un libro de texto, *Representation*, escrito a medias con una colega, donde el autor de *La democracia en América* es criticado precisamente por dar prioridad a la «democracia» sobre la «representación», un enfoque que concuerda con el escepticismo de nuestro autor acerca de las asociaciones y el pluralismo de los grupos de interés, ideas que a menudo se identifican con Tocqueville. En resumen, profundizar más, más allá de espigar unas pocas citas, podría haberle acarreado serias dificultades conceptuales.

Parte del problema es la incapacidad de Runciman a la hora de distinguir analíticamente entre democracia y capitalismo, con la primera a menudo sustituyendo al segundo o estirándose para cubrirlo. Tocqueville reconoció el potencial choque de intereses entre la propiedad privada a gran escala y la democracia de masas, pero la posibilidad de que el capitalismo pudiera sobrevivir a sus crisis a expensas de la democracia —o que la democracia pudiera imponer restricciones al capital— es algo que se sitúa más allá del entendimiento conceptual de Runciman. Su tendencia es siempre volver a describir las crisis capitalistas o interestatales como crisis político-institucionales, en lo que se podría señalar como un reduccionismo político. El resultado es evitar cualquier examen de las dinámicas no políticas —económicas o sociales—, que producen los síntomas de la crisis. En su opinión, el colapso de 2008 fue simplemente una cuestión de política equivocada y los lectores están invitados a escoger, a su gusto, quienes entre los banqueros de inversión, los reguladores, los bancos centrales o los políticos, tenían más culpa. La razón por la que la demanda de los consumidores y el propio crecimiento capitalista se volvieron más dependientes del crédito hiperapalancado —en otras palabras, las raíces de la crisis— queda sin explicación. Sin embargo, no todos los problemas del mundo contemporáneo se derivan de las instituciones políticas; ni tampoco las «soluciones» de las instituciones a estos problemas operan abstrayéndose de la riqueza y del poder.

Finalmente, a pesar de las discrepancias entre *The Confidence Trap* y la obra anterior de Runciman, las continuidades están claras. El respaldo tanto a los Bills como a las Hillarys de *Political Hypocrisy* se extiende aquí a un retrato autocongratulatorio de Occidente en su conjunto, bajo el liderazgo estadounidense. Durante un siglo este se ha comportado de una manera más admirable de lo que era consciente: sensato, flexible, creativo, adaptativo, respondiendo casi intuitivamente a un momento de pánico tras otro. Como fabricación de mitos, el libro tendrá un público listo para recibirlo, como muestra la acogida crítica de *The Confidence Trap*: «rico y fresco» (*The New York Review of Books*), «repleto de nuevas perspectivas» (*The Times Literary Supplement*), «muy original» (*The Guardian*). Como análisis explicativo, es un fiasco.

